

EL DIARIO MURCIANO

DIRECCIÓN: CALLE DE VICTORIO, 33. — PRECIO DENTRO Y FUERA DE MURCIA, UNA PESETA AL MES. — NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

AL DIA

EL DOLOR DE LOS DOLORES

Evocaremos una vez más el sangriento drama del Calvario, manantial inagotable, donde al través de los siglos han bebido inspiración sublime los más insignes poetas, y al que deben los más geniales artistas sus prodigiosas y espirituales creaciones.

¡Recordemos el más horrible crimen que vieron los siglos!

En la antigua Judea existió una doncella de regia casta y bellísima; predestinada por el Eterno desde el pecado de Adán, á ser la Corredentora del humano linaje, concibió y dió á luz, sin quebranto de su virginal pureza, un Niño hermoso y cándido sobre toda comparación; Dios, sumido en nuestro abyecta naturaleza.

Este Ser maravilloso, atesoró los inocentes encantos de la niñez, amor purísimo y respetuosa sumisión á su Madre, la que uniendo al amor natural el abrasado y místico que le profesaba como á Dios, amóla intensamente, hasta el extremo de que ninguna pura criatura pudo amarle más.

Le vió crecer en años, en sabiduría y en gracia, delante de Dios y de los hombres, hasta ser un jóven admirable majestuoso y santo.

Revistióse desde su nacimiento de uso perfectísimo de razón, y de sabiduría que corresponde al Ugáito del Padre;

aceptó en la humilde figura de un artesano, las debilidades de la humana especie; menos el pecado!

Las primeras frases de su divina Doctrina, moduladas bajo las palmas de Judea y esparcida por las auras del Líbano en los ámbitos del mundo, confundieron á los malvados, hicieron acariciar esperanza de eterna ventura á los humildes y mansos que los creían.

La fama de sus milagros, prueba convincente de su excelso origen, de su misión salvadora, excitó el odio y la perfidia de sus enemigos, siendo por ellos preso, escarnecido, maltreado y condenado á muerte, «por el crimen de ser Dios» (aunque su mismo juez confesó lo injusto de su sentencia), sentencia ejecutada bárbaramente en el Calvario, lugar de ludibrio, sobre una Cruz, augurio horrible, suplicio infamante de las leyes gentílicas.

¡Pobre Madre! ¡Madre de Dolores! ¡Madre mía! ¿Quién puede comprender la inmensidad de tu dolor, amargo como el mar?

Presenciando los tormentos de su Hijo, exactamente le convienen las palabras de Jeremías «Oh! vosotros los que pasais por el camino, ved si hay dolor al mio semejante!» Con los ojos del alma la contemplo pálida, expirante, seguir las ensangrentadas huellas de Jesús, por las tortuosas calles de Jerusalén, precita, en su terrible encuentro de la calle de la Amargura, confundiendo las almas de ambos en amante y compasiva

mirada... ¡No se detiene ante las amenazas e insultos de la plebe! Secos sus ardientes ojos, mustia la cándida frente, flo an lo entre los pliegues del manto sus rizados cabellos, apóyase en la hermosa y doliente Magdalena, y emprende la cuesta fatigosa del Calvario, suacan en su corazón los golpes del martillo; clavándose en él con furia los clavos agudos y espinas crueles; repercuten las golpes, bofetadas, salivas... ¡Oh María! Si el alma está más donde ama que donde anima ¿no estaba la vuestra clavada en la Cruz? Si grande era vuestro amor, fué más grande vuestro dolor.

Al enalborar la Cruz, gotas de sangre valiosa y purísima salpican el vestido de la Madre, que, mirando amorosa les ojos moribundos de su Hijo, bebe en el aire su celestial aliento, recibe en el alma sus postreras frases, destrózase su corazón, al no poder acariciarle, sostenerle cuando todos le dejan, y más oyéndole decir: «¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?»

¡Ya inclinó el Justo su augusta cabeza! Conmúevanse los ojos del mundo, se obscurece el brillante sol de Palestina y envía rayos lúgubres y fosforescentes sobre la ciudad deicida; entre sombras pavorosas y el bramido de los huracanes, alzaase los esqueletos de sus tumbas seculares, gúrfando ¡maldición! pero ¡aquel pueblo, que huye despavorido, más satisfechos de su crimen.

En la escarpada y ardua cima del Gólgota, bajo el sagrado leño de la Cruz, se vé un grupo doloroso y sublime. La reina de los Mártires, completa su terrible sacrificio, con una heroicidad que asombra á los paganos y ofrece en holocausto, la vida santísima de su Hijo, y su licorale corazón, por el rescate de otro hijo engendrado de sus dolores, legado que Aquél le hiciera. ¡La ingrata humanidad!

¡Oh Madre! ¡Madre dolorida! Ante ese poema de resignación y amor, impregnándose de lágrimas los más secos ojos. Sea, pues, mi llanto, eloocuente tributo de compasión al dolor entre los doleres que sufristeis, y cuya magnitud no sé describir, pues según un docto autor, nadie más que vos pudo dignamente dolerse de la muerte de un Dios hecho hombre.

JUSTO CASTIGO

Jóven todavía, pues no contaba mas que unos quince años, de una villa desdichadísima y angustiosa, Julio, ó mejor dicho Julito, como le llamaban sus compañeros, á pesar de tan temprana edad, ya andaba de aldea en aldea, de pueblo en pueblo, apoderándose de lo que no le pertenecía. Robaba, sí, pero no por el solo gusto de robar por robar, robaba para comer, porque el hambre se lo aconsejaba, porque no tenía quien le alargase una cariñosa mano que le sacara del abismo en que poco á poco é insensiblemente se iba

hundiendo; su alma tan sencilla, su corazón tan noble, y generoso se iba sapicando de ese todo tan asqueroso que envuelve á los verdaderos criminales, á los ladrones de pura sangre.

Julito era uno de esos seres que siendo buenos y generosos están condenados á vivir en perpetuo martirio.

La pobre criatura era obligado por su inhumano padre á buscarle todos los días el dinero que necesitaba para sus vicios, lo que el infeliz conseguía á veces, vendiendo periódicos y recogiendo de la vía pública puntas de cigarrillos.

Llegó un día en que no pudo reunir cantidad suficiente para que su padre fuese á beber á la taberna, y entonces fué cuando acobardado por las golpes que su padre le daba, se vió en la precisión de abandonar el hogar paterno y andar merodeando por los campos, en busca del indispensable sustento.

Como no encontraba quien le socorriera en su crítica situación, llegó un día en que se vió precisado á robar para comer. Robó y tuvo para comer unos cuantos días, pasados estos volvió á sentir las mismas necesidades y otra vez volvió á pensar en el robo. Con un hambre como no la había sentido nunca pasó todo el día y llegó la noche andando de acá para allá, hasta que desfallecido y sin fuerzas para sostenerse en pie, se dejó caer á una orilla de la carretera.

Todo parecía en este día desalentarse en contra del pobre Julio, pues hasta la noche que en un principio estaba tan hermosa se convirtió en tempestuosa y oscura. Al despertarse encontró calado hasta los huesos, no obstante lo cual concibió la esperanza de reparar en

FOLLETON DEL «DIARIO»

(NUM 10)

LEYENDAS CORTIS POR VARIOS AUTORES

Cabeza ó Corazón

—POR—

L. L. OMEGA



—¡Su hijo!— exclamó el jóven sorprendido.—No está allí.

—¿No? Habrá necesitado ir otra vez á la cocina. No sabe V. el trabajo que dan las señoras cocineras. Poco ha faltado para que ella misma tuviera que guisar hoy también.

—¡Ella... guisar!— tartamudeó el marqués.

—¿Se extraña V., verdad? Pues estas dos últimas semanas las ha pasado mi hija envuelta en un gran delantal blanco, guisando para todos. Pero aquí viene

Volvióse el marqués y, en efecto, allí estaba ella; tal como la había visto poco antes sin reconocerla.

—Señores, á la mesa— dijo Conchita alegremente, tendiendo la mano al jóven sin esperar la formalidad de la presentación.— Paseen ustedes, papá.

El marqués le ofreció el brazo sin articular una palabra. Estaba atolondrado y aturrido por completo.

—Animo— murmuró Conchita— Papá cree que ya sabía V. quien era yo cuando hablamos en la cocina; y si pone V. ese aire de sorprendido me va á descubrir. ¿No he cumplido mi promesa?

—Señorita, la ha cumplido V. muy de veras— murmuró el pobre jóven, —y tan avergonzado estoy que no me atrevo á mirarla á V. á la cara.

Durante la comida no acertaba el marqués á seguir la conversación, por más que D. Domingo le habló de minas y de todo cuanto creyó que pudiera interesarle, no consiguió que el jóven se animase, llegando á pensar que se trataba de una excepción en la gene-

ralidad de los andaluces, que suelen ser muy sociables y comunicativos.

La mesa estaba espléndidamente decorada con objetos de plata maciza y preciosas flores; pero el marqués no tenía ojos ni oídos para nada; pensando sin cesar en la escena del día anterior; y únicamente cuando su huésped le invitó á pasar unos días en su casa, á fin de que viera las minas, despertó de su apatía y contestó muy resuelto:

—Gracias; tendría en ello sumo gusto; pero me es imposible. Negocios urgentes me obligan á marchar mañana mismo.

—¿Va V. á Madrid?— preguntó Conchita con sus hermosos ojos resplandecientes de burlona alegría.

—Sí, señorita; primero á Madrid, y de allí á Andalucía.

D. Domingo no insistió. Para él los «negocios urgentes» eran lo primero del mundo; y como Conchita se abstuvo igualmente de mencionar el viaje otra vez, la comida terminó entre conversación sencilla y poco interesante.

Después de comer, D. Domingo y el señor

sacerdote salieron al jardín á fumar. Conchita no quiso acompañarles, y rogó al marqués que por ella no se quedara en la sala, si le apetecía imitar á aquellos.

—Esta es la primera vez que se ha burlado usted de mí— contestó el jóven, añadiendo después: —Gracias, no tengo ganas de fumar por ahora.

—Mucho me temo, señor marqués— dijo Conchita amistosamente— que se va V. á ir de aquí llevando desagradables recuerdos de su visita, aunque no creo que tenga yo la culpa; pues he hecho todo lo posible para que seamos amigos.

—Señorita: nada me importa que se ria todo el mundo de mí; lo único que me preocupa es lo que V. pueda pensar, al ver que fui tan insensato como para creer por una hora, ó por un minuto siquiera, que era V. la...

—No haga V. caso de eso. A nadie he dicho una palabra de lo que sucedió entre nosotros; y además no era fácil que pensara usted otra cosa. Siempre he sido aficionada á la cocina, y como nos encontramos de repente sin cocinero, tuve que desempeñar el

